

La Comuna

★ *Revista teórica y política del PRT*
Partido Revolucionario de los Trabajadores

N° 132 ★ Agosto de 2025
Precio de Tapa: \$ 3.000



★ **LA IMPOSIBILIDAD DE UN CAPITALISMO “NACIONAL”
EN LA ACTUAL FASE IMPERIALISTA**

Página 3

★ **LA NECESIDAD DE UNA ESTRATEGIA
REVOLUCIONARIA QUE LUCHE
POR EL PODER Y EL SOCIALISMO**

Página 6

★ **UNA GUERRA DE CLASES**

Página 10

Editorial

La crisis estructural de un sistema que, por su propio carácter retrógrado y explotador, agudiza hasta límites intolerables la apropiación del trabajo ajeno y de la riqueza social producida (con la consecuente traba al desarrollo de las fuerzas productivas que provoca padecimientos que la humanidad debe soportar), se conjuga con la crisis cíclica de súper producción que no encuentra fondo. Una crisis que se inició en 2008 con la llamada “crisis de las hipotecas” que estalló en EE.UU. y que, con vaivenes y relativos cambios, se aceleró a partir de 2018 hasta nuestros días.

La anarquía del capital, otra característica intrínseca del sistema, junto a la concentración y centralización del mismo, produce contradicciones cada vez más agudas e insalvables entre las facciones de la oligarquía financiera mundial. Contradicciones que se potencian y desarrollan en un marco de alza de la lucha de clases en el mundo, cuestión que impide que tales contradicciones puedan ser resueltas.

Resulta así una retroalimentación de la crisis económica y política; el pantano económico del sistema termina en un pantano político en el que los capitalistas se ven sumergidos. Ninguna facción puede disciplinar al resto de la clase dominante y, al mismo tiempo, la lucha de clases determina que esa falta de centralización se agudice sensiblemente.

En esta compleja realidad, facciones del capital impulsan la salida clásica: la guerra imperialista llevada desde el plano económico al plano militar abierto. La guerra entre Rusia y Ucrania, el conflicto en Medio Oriente que ha recrudecido, las guerras llamadas “tribales” en el continente africano, expresan esa puja que excede ampliamente a los actores de cada país. Son guerras en las que se entremezclan intereses del capital monopolista de todas las regiones del mundo, con alianzas que van y vienen, se arman y se desarman. Con negocios en los que se entrelazan capitalistas que hasta hace un tiempo era imposible de imaginar.

Si se analizan estos fenómenos desde la antigua visión de los países y Estados capitalistas sería imposible entender tal complejidad de alianzas y acuerdos.

El entrecruzamiento de capitales que se da a nivel planetario borra cada vez más las fronteras e intereses de las naciones para convertirse en fronteras e intereses de facciones capitalistas que utilizan a los Estados hoy una, mañana la otra, convirtiendo el tablero mundial en un rompecabezas que sólo puede entenderse asumiendo que la etapa imperialista del capitalismo se ha desarrollada a niveles nunca conocidos.

En esta realidad tan compleja y amenazante para la especie humana, hay un factor que es la lucha de clases a nivel mundial. Si algo frena una guerra global abierta es la crisis política que la burguesía monopolista atraviesa frente a las aspiraciones y demandas de los pueblos.

Esa lucha de clases que no ocupa los grandes titulares tiene un peso específico a la hora de condicionar las decisiones políticas de los gobiernos de cada país.

A diferencia de otras etapas, la clase dominante no logra imponer ni convencer a los pueblos de la guerra como salida. Por el contrario, los pueblos suman y suman conflictos de toda índole en todas las regiones del planeta, para resistir el ataque a las condiciones de vida que provoca la crisis del capital.

Con esas expresiones proletarias y de los pueblos oprimidos, la burguesía siente el golpe cuando, a la hora de producir, la mercancía no llega en tiempo y forma a su destino.

El desgaste del capitalismo se evidencia con más crudeza ante esta situación de alza de la lucha de clases, la que pone palos en la rueda a la solución de la crisis económica de la burguesía y aumenta su crisis política.

Esto no implica que el capitalismo caerá por el propio peso de su crisis.

Precisamente, el déficit de conciencia y organización en el plano revolucionario que se expresa a nivel mundial no permite que esa crisis se siga profundizando y desemboque en situaciones y crisis revolucionarias, a pesar de que el resto de las condiciones objetivas son cada vez más palpables y beneficiosas para que la clase obrera mundial levante y avance con programas que apunten a resolver la crisis imperialista a través de la revolución social.

Ello determina la urgente necesidad que las fuerzas de la revolución fortalezcamos la construcción de los partidos de la clase obrera, la organización revolucionaria de las masas, con el fin de erigir una alternativa política real al vetusto sistema capitalista.

Allí radica la principal tarea de internacionalismo proletario que las y los revolucionarios debemos profundizar para que la clase obrera pueda, efectivamente, ser la clase que se ponga a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo de cualquier color que se pinte y lleve adelante sus intereses históricos, que son la liberación de toda la sociedad de la explotación y la opresión del capital. ★

La Comuna

Revista teórica y política del PRT

Partido Revolucionario de los Trabajadores

Publicación cuatrimestral, fundada el 19 de julio de 2000
Año XXV

www.prtarg.com.ar

LA IMPOSIBILIDAD DE UN CAPITALISMO “NACIONAL” EN LA ACTUAL FASE IMPERIALISTA

Hoy, desde las alturas del poder, figuras como el expresidente Trump, apoyadas por sectores de la gran burguesía, ensayan políticas proteccionistas como la imposición de elevados aranceles a productos extranjeros, buscando proteger el mercado interno y la competitividad de las exportaciones estadounidenses. Pero estas medidas generan respuestas recíprocas de otros monopolios asentados en distintos países, agudizando las tensiones sociales y desestabilizando aún más la producción y el intercambio global.

En la fase imperialista del capitalismo contemporáneo, la interconexión económica entre países ha alcanzado niveles sin precedentes.

Los capitales se instalan en distintos territorios, atraídos por condiciones de infraestructura y, sobre todo, por la baratura de la fuerza de trabajo.

Así, un mismo producto puede contener componentes fabricados en diversos países, ya sea en sus partes fundamentales, insumos o empaques. Desde el lugar donde se finaliza su elaboración, se distribuye tanto al mercado local como a múltiples destinos internacionales.

La división internacional del trabajo ha generado un fenómeno de intercambio global de mercancías.

Hoy, en los 195 países del mundo, se consumen productos que décadas atrás eran impensables en esos territorios.

Este proceso, que la burguesía denomina “globalización”, es resultado directo de la dinámica propia de la producción capitalista, y presenta dos facetas contradictorias pero inseparables:

- Por un lado, se observa una creciente socialización de la producción. Las barreras nacionales y regionales se derrumban de facto, otorgando a la producción de bienes un carácter mundial. Esto transforma los consumos locales en consumos globales, contribuyendo a la génesis de una cultura humana cada vez más universal. La producción de bienes y medios de producción modela al ser humano y a la naturaleza misma.
- Por otro lado, en unidad contradictoria con esa socialización, se intensifica la concentración del capital. La competencia basada en la propiedad privada capitalista, facilitada por la eliminación de fronteras, impulsa el dominio de los monopolios, cuya expansión adquiere una dinámica geométrica.

Ambas facetas son producto del proceso capitalista de producción, guiado por la búsqueda de ganancia para la reproducción ampliada del capital.

El monopolio actual —el imperialismo— representa la negación de la libre competencia, que en su momento negó al monopolio feudal.

4 La propiedad feudal de la tierra fue derrotada por el capital, que conquistó mercados, desarrolló el comercio, dio origen a la gran industria, encumbró al capital dinero y liberó fuerzas productivas que el feudalismo mantenía encadenadas durante siglos.

Pero esa propiedad feudal fue reemplazada por la propiedad privada capitalista, que, bajo el impulso de la gran industria, produjo más de lo que la sociedad podía consumir.

Esto provocó crisis periódicas de sobreproducción, con destrucción masiva de mercancías y capitales.

Los capitales sobrevivientes absorben los mercados y propiedades de los que quiebran, acelerando la supremacía de los grandes sobre los pequeños.

Así, la concentración y el monopolio se convierten en la característica distintiva y tendencia permanente del capitalismo global: el imperialismo.

Esta secuencia —monopolio, libre competencia, nuevo monopolio— descarta la posibilidad de una futura libre competencia.

Los volúmenes del capital privado han alcanzado tal magnitud que superan, en algunos casos, la producción total de países enteros, asfixiando a los capitales menores que tienden a desaparecer.

Sin embargo, el monopolio no elimina la competencia: la transforma en competencia intermonopolista. Si la libre competencia era una disputa entre actores menores, la competencia actual es una lucha entre titanes que sacuden el suelo con cada enfrentamiento. Las dos guerras mundiales fueron expresión directa de esta pugna, con consecuencias devastadoras para los pueblos oprimidos y los países involucrados.

Hoy, esa competencia se manifiesta en más de 55 conflictos armados activos en todo el planeta.

La contradicción entre la producción cada vez más socializada y la propiedad capitalista cada vez más concentrada no se resolverá impidiendo el desarrollo de alguno de sus términos, sino facilitando su evolución hasta que dicha contradicción se supere y desaparezca. Esta es la clave de la argumentación materialista del marxismo frente a la utopía capitalista, que pretende sostener indefinidamente una contradicción sin solución.

La resolución de las contradicciones en la naturaleza —incluidas las sociales— es inevitable.

La burguesía, especialmente la oligarquía financiera que se beneficia del sistema, intenta atenuar estas contradicciones mediante fórmulas económicas y políticas que han fracasado rotundamente durante más de un siglo.

Hoy, desde las alturas del poder, figuras como el expresidente Trump, apoyadas por sectores de la gran burguesía, ensayan políticas proteccionistas como la imposición de elevados aranceles a productos extranjeros, buscando proteger el mercado interno y la competitividad de las exportaciones estadounidenses.

Pero estas medidas generan respuestas recíprocas de otros monopolios asentados en distintos países, agudizando las tensiones sociales y desestabilizando aún más la producción y el intercambio global.

Otra política adoptada por gobiernos de países “altamente desarrollados” es la expulsión masiva de inmigrantes, acusados de provocar desequilibrios sociales y “robar” empleos. Sin embargo, estas medidas no hacen más que profundizar las contradicciones del sistema, complicando su supervivencia.

Desde lo económico, los aranceles encarecen los productos nacionales, ya que muchos de sus componentes provienen del exterior.

Esto eleva los costos de producción y reduce la cuota de ganancia media, contrariando el objetivo burgués de evitar su tendencia decreciente.

La xenofobia, por su parte, expulsa a trabajadores migrantes que fueron recibidos precisamente para abaratar la fuerza de trabajo, lo que ahora empuja su valor hacia arriba.

Este conjunto de políticas incide profundamente en la vida social y política, intensificando la contradicción entre capital y trabajo asalariado, es decir, la lucha de clases entre burguesía y proletariado.

Estas dos clases encarnan la contradicción fundamental del capitalismo: concentración del capital y socialización de la producción.



Y aquí sólo hemos abordado dos aspectos centrales.

A ellos se suman múltiples factores sociales derivados de estas decisiones desesperadas por reparar lo irreparable: desgarramientos familiares provocados por la xenofobia, violencia contra migrantes, cuestionamientos políticos a leyes y principios jurídicos, enfrentamientos entre el Estado y las mayorías populares, y el fortalecimiento de la unidad entre los oprimidos para defender sus condiciones de vida.

En una sola idea: **la profundización de la lucha de clases.**

Por todo lo dicho, es tan estéril y, si no fuera dramático, diríamos irrisoria, la discusión referida a la posibilidad de un capitalismo con inclinación humanitaria, tal como lo exponen ciertos sectores del peronismo, el progresismo vario pinto y el reformismo más abyecto.

No hay perspectiva alguna para esas posiciones políticas pues, a pesar de propalar un discurso totalmente opuesto y diferenciarse en sus formas, frente a sus oponentes el proletariado y sectores oprimidos, son similares, esencialmente, a las “soluciones” que plantean los sectores burgueses expresados en la presidencia de Trump y los países preponderantes de la órbita europea.

A ellos debemos sumarle los inútiles intentos de los otros países que, como China y

Rusia, sólo por citar a los económicamente más importantes del sector capitalista oriental, de intentar lo mismo.

Ninguno de ellos podrá dar un curso consciente, dominado por un aparente plan humanitario al futuro del capitalismo y, menos, pretender desviarlo no sólo de su decadencia sino de su certera declinación y muerte.

CONCLUSIÓN

Es imposible revertir los efectos generados por el propio funcionamiento del capitalismo. La burguesía intenta recomponer y perpetuar el sistema por medios políticos, pero esto es imposible y, por tanto, utópico.

En su desesperación por frenar la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, busca dirigir conscientemente un sistema que es, por naturaleza, caótico e imposible de controlar.

Sus propias leyes lo conducen a la desintegración.

Pero esa tendencia no libera al proletariado de la lucha: exige su organización revolucionaria para conquistar el poder y derribar la propiedad privada capitalista.

El sistema no caerá por sí solo.

Sólo la fuerza revolucionaria de las masas obreras y populares puede hacerlo caer. ★

Los volúmenes del capital privado han alcanzado tal magnitud que superan, en algunos casos, la producción total de países enteros, asfixiando a los capitales menores que tienden a desaparecer.

UNA LUCHA SIN CUARTEL CONTRA EL REFORMISMO: LA NECESIDAD DE UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA QUE LUCHE POR EL PODER Y EL SOCIALISMO

El reformismo, en su afán de maquillar o directamente negar al marxismo, se ha vestido y se viste de uno y mil ropajes a lo largo de la historia.

No es intención de este artículo desarrollar el análisis histórico de las distintas variantes reformistas. Sí queremos abordar y argumentar que esa opción hoy es una muestra de impotencia, de un modelo irrealizable.

La teoría marxista, formulada por Carlos Marx y Federico Engels, explica y fundamenta las singularidades del modo de producción capitalista. También explica la historia de la humanidad desde la concepción del movimiento de la materia como fenómeno intrínsecamente asociado a los procesos sociales, el método del materialismo dialéctico.

Desde la aparición de las clases, a partir de allí la aparición del Estado, el papel de esa herramienta de dominación de clase y el papel de las clases dominadas, dieron a luz la teoría de la lucha de clases como motor de la Historia.

En otras palabras, la lucha de clases, el papel de las clases en la sociedad, es el determinante del desarrollo de los procesos sociales.

Los avances y retrocesos de dichos procesos sólo pueden explicarse correctamente desde esa concepción que delimita el desempeño de las clases poseedoras y de las desposeídas, sus intereses, sus estrategias y tácticas políticas y su organización para, la burguesía, seguir siendo clase dominante; el proletariado, derrotar a su clase enemiga y avanzar hacia una forma de organización social en la que ya no exista la pura ambición por la ganancia de

unos pocos y que primen las necesidades materiales y espirituales de los seres humanos.

Para ello fueron enfáticos en proponer la revolución social como norte directriz a seguir, en pos de ese objetivo. Y el papel del proletariado como clase llamada a dirigir esa revolución que, al fin, será la que libere al conjunto de las clases desposeídas y a toda la sociedad. Como se expresa en el Manifiesto Comunista “la liberación del proletariado será obra del proletariado mismo”.

El marxismo es la teoría científica que propone la revolución social. Nace y se desarrolla en pleno auge del capitalismo. Marx explica con rigor científico el funcionamiento del mismo en su obra *El Capital*.

Luego vendría Lenin para hacer aportes fundamentales desde la práctica revolucionaria y la experiencia de los soviets.

Partido, independencia de clase, papel de la clase obrera como vanguardia social que debe ser convertida en vanguardia política y, sobre todo, lucha implacable contra el reformismo y el oportunismo que intentó (e intenta) despojar al marxismo de su contenido esencialmente revolucionario, rupturista, intransigente con la

clase enemiga, para edulcorarlo y presentarlo sólo “como un método de análisis” que sirva para entender la realidad, pero no para transformarla.

El reformismo, en su afán de maquillar o directamente negar al marxismo, se ha vestido y se viste de uno y mil ropajes a lo largo de la historia.

No es intención de este artículo desarrollar el análisis histórico de las distintas variantes reformistas. Si queremos abordar y argumentar que esa opción hoy es una muestra de impotencia, de un modelo irrealizable.

Que lo que ha fracasado no es la revolución ni el marxismo, sino el capitalismo y las propuestas que buscan embellecerlo, humanizarlo. En definitiva, que buscan demostrar que el capitalismo puede ir en contra de su propio carácter explotador, opresor, rapaz, inhumano.

¿NUEVA FASE CAPITALISTA?

La teoría de Lenin sobre el imperialismo nos indica que éste es un fenómeno esencialmente económico. Es decir, el imperialismo surge como producto del desarrollo del modo de producción capitalista; deja atrás la libre competencia de sus primeras etapas para dar paso al dominio y al surgimiento de los monopolios. Con la fusión del capital industrial con el capital bancario se transforma la base material del modo de producción capitalista. Deja atrás a los capitales individuales y surgen grandes conglomerados de capital concentrado en el que se fusionan intereses provenientes de las distintas ramas de la producción.

Lenin define al imperialismo como la “fase superior” del capitalismo. La última, la que inaugura un proceso de concentración y centralización del capital que termina por profundizar la contradicción antagónica entre una apropiación cada vez más individual que se sustenta en una producción cada vez más social.

La teoría del imperialismo determina que los Estados y los gobiernos no “eligen” ser o no ser imperialistas, ya que ello depende de un proceso objetivo del desarrollo del sistema por su propia dinámica interna. Valga esta aclaración para refutar cualquier intención de fundamentar que los países que hoy están en la disputa



de las materias primas, los mercados que abarcan regiones extensas del planeta, pueden evitar ser imperialistas. Justamente, esa disputa que mencionamos, junto con la exportación no sólo de mercancías sino también de capitales, son las características singulares que Lenin definió cuando estudió dicho proceso.

Luego de más de un siglo desde que el revolucionario ruso publicara sus conclusiones, el proceso de centralización y concentración ha llegado a niveles superlativos. La llamada globalización no es más que un ciclo intensivo de internacionalización del capital que, estimulado por la competencia intermonopolista, ha dado paso a la existencia de entidades que concentran semejante masa de capitales equivalentes al tercer PBI del mundo, detrás de EEUU y China. Ese es el caso del fondo de inversión BlackRock, como ejemplo más significativo.

Ese proceso trajo como consecuencia una mutación cualitativa en la configuración de los Estados Nación. La configuración de éstos, que surgieron como instituciones que representaban los intereses de toda la clase burguesa, se ha transfigurado esencialmente; en la actualidad, los Estados representan facciones de la burguesía súper concentrada y transnacionalizada, siendo estructuras que están en disputa permanente para que estén al servicio de la facción que consiga controlarlos. Siempre, en forma temporaria, dado que (como también lo definiera Lenin), el surgimiento de los monopolios no elimina la competencia entre capitales, sino que la exagera cada vez con más intensidad.

8 Este proceso de la globalización, de intensificación de la fase imperialista del capitalismo, fue denominado por diversas corrientes (incluso desde un supuesto marxismo) como el neoliberalismo.

El reformismo haciendo de las suyas ya que, a partir de allí, lo que había que perseguir no era terminar con el dominio del capital (así, a secas), sino levantar propuestas para superar esa “nueva fase” llamada neoliberalismo, como paso indispensable para luego, si alguna vez se dieran las condiciones, luchar por el socialismo.

Durante esos períodos surgieron versiones de capitalismo con nuevos nombres y las mismas concepciones. La llamada “tercera vía” o el “socialismo del siglo XXI”, apuntaron, esencialmente, a desviar el derrotero revolucionario de las masas para encaminarlas en procesos donde, nuevamente, había que apostar a atar los intereses de los pueblos trabajadores desposeídos al carro de sus verdugos.

Fracasadas esas supuestas alternativas, comprobadas que no sólo que no venían a enfrentarse al capital, sino que fueron las herramientas que éste utilizó para profundizar su dominio, aparece en la actualidad una “nueva” variante.

Volver atrás la globalización, desplegando políticas proteccionistas, que (supuestamente) darían privilegio a las industrias “nacionales”, desarmando el proceso de transnacionalización del capital. Esta quimera es la que impulsa Trump desde el gobierno de EEUU y que es vista con buenos ojos por no pocas variantes populistas y reformistas.

Detrás de estas tendencias, por supuesto, confluyen intereses monopolistas.

El problema es que, al mismo tiempo, esos intereses están entrelazados con otros tanto o más importantes que ellos. Valga un solo ejemplo de lo que decimos: el magnate Elon Musk irrumpió en los inicios de la segunda presidencia de Trump como uno de sus aliados más firmes. Pero la realidad es que Tesla, una de las controladas por Musk, tiene una de sus mayores plantas de producción en China.

Los intereses de Musk y sus socios fueron más contundentes que las intenciones patrióticas trumpistas que hubieran preferido que esa planta se instalara en EEUU.

Y así, otros ejemplos de empresas que han alcanzado un grado de transnacionalización tal de la producción (y de las finanzas, que es lo mismo), que impide una vuelta atrás de ese proceso, a riesgo de quedarse fuera del camino de la feroz competencia intermonopolista mundial.

La crisis de súper producción capitalista obliga a que las distintas facciones de la oligarquía financiera mundial estén disputándose masas monumentales de plusvalía que recorren el mundo.

Y aquí recalcamos: masas de plusvalía, plusvalor, es decir, valor creado por el trabajo humano y del que se apropia el capitalista, que es lo único que crea riqueza y donde se crean las condiciones de reproducción del capital.

Y, además, donde se asientan las bases de la burguesía y de su sepulturero, el proletariado industrial. Cada disputa, cada negocio que se realice o no en cualquier región del planeta, puede desembocar en que esos sectores del capital puedan seguir siendo parte de esa competencia o terminen siendo absorbidos por otros capitales más grandes.

Ante esa realidad, soñar con un repliegue fronteras adentro, dejando de lado las condiciones de explotación y saqueo de las que el capital concentrado depende para su sobrevivencia, es querer, ya no sólo desandar un camino irreversible, sino intentar vanamente que dichos capitales se suiciden.

Por otra parte, estas intenciones se chocan directamente con una de las esencias del capital, cual es la anarquía del mismo. Dicha anarquía se profundiza y agranda al compás de una crisis que ya ha dejado de ser pasajera o cíclica, sino que está enlazada con una crisis estructural del modo de producción.

Empujada por una intensificación de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, el capital concentrado sólo tiene como “salida” profundizar su carácter retrógrado y explotador para conseguir atenuar ese proceso. Pero no es una salida real, es la que cree la burguesía porque, contradictoriamente, agrava la tendencia mencionada.

En ese camino, la única variante que queda en sus manos es atacar, de forma cada vez más salvaje, las condiciones de vida y de trabajo de las mayorías explotadas y oprimidas.

Mayor explotación de la fuerza de trabajo; deterioro de las condiciones de vida generales de los pueblos; catástrofes naturales; explotación al límite de los recursos fundamentales; guerras abiertas contra poblaciones enteras disfrazadas de nacionalismo, diferencias étnicas o religiosas, que esconden la disputa de territorios e intereses por parte de las facciones del capital; racismo y xenofobia, son el producto de una etapa de la humanidad en la que el modo de producción capitalista deja al descubierto toda la barbarie de las que es capaz de producir. Y de seguir produciendo, si no se termina con él.

“REFORMAR” EL CAPITALISMO O DERROTARLO

Como señalamos al principio, el presente artículo persigue la crítica al reformismo desde la perspectiva de la base material que describimos hasta aquí.

Seguimos sosteniendo que es legítimo y necesario luchar por reformas dentro del sistema capitalista, siempre y cuando esa lucha sirva como acumulación de fuerzas y experiencias enmarcadas en una lucha estratégica por el poder para la clase obrera y el pueblo con el fin de construir el socialismo.

Las propuestas reformistas, además de soslayar esa estrategia, propugnan una vuelta a épocas capitalistas “más florecientes” como si ello fuera posible por obra de la voluntad, dejando de lado el funcionamiento del modo de producción y el grado de concentración y centralización del capital, que es lo que, como hemos señalado, determina el curso de las relaciones de producción y cómo las mismas se expresan en el campo de la lucha política concreta.

En otras palabras: hablar de políticas productivistas o industrialistas que representarían

una vuelta hacia atrás en el proceso de 9 concentración y transnacionalización del capital, es una rémora absolutamente descartada por la historia.

El correlato de ese imposible incluye la existencia (o el resurgimiento) de una burguesía nacional que, como sujeto histórico, también ha sido enterrada bajo los escombros que produce el avance irrefrenable del capital concentrado. Lo mismo cuando refieren el papel de los Estados como si ya los mismos no estuvieran bajo el dominio de facciones burguesas transnacionales que, ya hace rato, han desenganchado sus intereses con los intereses de sus naciones.

Como decíamos antes, no es un problema de voluntad o de que los gobernantes sean más o menos buenos en sus intenciones.

Es una cuestión que hace a la raíz, a entender que las perspectivas de cambio dentro del capitalismo son negadas por el propio modo de producción, por su carácter, su esencia, su desarrollo, su “fuga hacia adelante” en medio de condiciones para su subsistencia que profundizan su anarquía y su carácter explotador y opresivo. Y, por lo tanto, su tendencia a una crisis permanente. E irresoluble.

En la negación de esas condiciones se esconde que, como consecuencia, es imposible volcar la historia a favor del derrocamiento del capital y la revolución social.

Esa es entonces la mentira a desenmascarar, desde los fundamentos de la teoría marxista leninista y la argumentación que nos brinda para, no sólo sostener una crítica y lucha sin cuartel contra el reformismo, sino para también argumentar y explicar la posibilidad (**y la necesidad**) de una estrategia revolucionaria que luche por el poder y el socialismo. ★

Hablar de políticas productivistas o industrialistas que representarían una vuelta hacia atrás en el proceso de concentración y transnacionalización del capital, es una rémora absolutamente descartada por la historia.

GUERRA DE CLASES

Las acciones de ajuste de la burguesía monopolista en contra las condiciones de vida de los pueblos, no ceden. Salarios por debajo de los niveles de pobreza, recortes de presupuestos en salud, educación y vivienda, reformas laborales planetarias junto a políticas que achaten el poder de compra. Así actúa la clase dominante, son una clase.

De este lado de la barricada nos encaminamos a actuar como clase. Pero en ese camino a recorrer, estamos un paso atrás de lo necesario en momentos de crisis capitalista estructural. Sin embargo, los pueblos están saliendo de un largo letargo, silenciados en su rebeldía, pero haciendo crujir las políticas capitalistas. “El sueño del gran desarrollo” choca con el malestar de los pueblos y con su lucha por la dignidad.

Decenas de guerras interimperialistas recorren el globo.

Los Estados monopolistas necesitan -entre otras cosas- ganar mercados, ubicar sus mercancías, extraer materias primas, competir en ciencia y tecnología y -anárquicamente, como es el sistema capitalista- llevarnos al precipicio de lo que ya a todas luces se afirma como una crisis de superproducción.

La ideología burguesa ha “inventado” frases, vocablos, que ya son parte de la idiotez instalada para evitar llamar las cosas por su nombre. **Se habla de crisis “geopolítica” entre “occidente y oriente”.**

Hay crisis en occidente y hay crisis en oriente, su común denominador es que tanto en occidente como en oriente lo que está en crisis es el sistema capitalista.

EEUU, Alemania, Francia, Italia -solo por nombrar la punta del iceberg- lideran la crisis que por esta época podríamos llamarla crisis humanitaria. Sus pueblos están sometidos a solventar los costos que provoca la destrucción permanente de fuerzas productivas.

La guerra es el intento más rápido para ordenar lo que no se puede ordenar.

Parecería ser que -del “otro lado” de la trinchera- China, Rusia y los BRICS liderarían el otro “bando” en cuestión. El “temido y vapuleado” oriente. Poco y nada se habla que en estos países rige el sistema capitalista y que los mismos también están sujetos a las crisis globales del sistema capitalista.

Lo dominante es que los medios de producción están en manos cada vez más concentradas y los “billonarios” se han instalado a ambos lados de las trincheras, y en ello, Elon Musk y su Tesla podrían servir de ejemplo actual.

El sistema capitalista y la globalización alcanzada están en crisis. Producir más, ganar mercados, derrotar la competencia son algunas de las consecuencias de la carrera por las ganancias. Un sistema que “produce para la nada” muy lejos de las necesidades de la humanidad. Ese abismo se ha profundizado.

En este primer cuarto de siglo, los Estados monopolistas han atravesado un sinfín de crisis. En ese proceso se han llevado puestas las aspiraciones democráticas de los pueblos, varios lustros de experiencia ratifican la idea leninista de que a mayor proceso de concentración económica y de centralización de capitales la burguesía necesita de procesos de concentración política.

Y en ello “Oriente y Occidente” no se sacan ventaja. Además, visto desde el concepto leninista debemos recordar que **la concentración capitalista tiende a la reacción.**

Barrer las aspiraciones democráticas de los pueblos, pisotear los derechos políticos adquiridos son en este momento histórico una necesidad del capital más concentrado.

La proletarización de los pueblos no se ha hecho esperar: miles de millones de almas asalariadas viven con sueldos de pobreza. Salarios que no pueden satisfacer las necesidades básicas de las familias, que no pueden acceder a lo que se produce y mercancías que mueren en los estantes de los grandes y pequeños establecimientos comerciales.

La “globalización” adoptará otras formas.

Todo ello ya está en marcha, no hay una sola posibilidad que la historia vaya para atrás.

Es un momento en que la disputa interimperialista intenta “escabullirse” de la crisis, esquivar un imposible, pero la descentralización política en que está envuelta solo augura mayor enfrentamiento inter burgués y de lo más concentrado.

Pero la lucha de clases no se hace esperar, a veces se presenta en forma manifiesta en otras conmueve desde el “silencio”, desde el propio “letargo” de masas. Pero si hablamos de este cuarto de siglo transcurrido los miles de millones de proletarios del mundo ya han probado el sabor amargo del sistema capitalista: el engaño.

El sueño de generaciones chinas de convertirse en “clase media” no solo ha concluido, los jóvenes de hoy han visto y vivido los sacrificios en que han sido expuestas las generaciones anteriores y el quiebre entre lo viejo y lo nuevo no deja de sorprender fronteras adentro. Superexplotación, salarios insuficientes y lo que es peor el dolor de no tener un futuro digno.

Se han derrumbado los “sueños” y las condiciones de vida prometidas se han agravado.

La Rusia de principios de siglo, que pudo ahuyentar el miedo que provocaba en occidente, basó toda su transformación en concentrar el poder político y económico

incorporándose de lleno a desarrollar un *II* capitalismo altamente concentrado.

Su “amistad” con occidente fue, es y seguirá siendo los negocios bajo las leyes que rigen el capitalismo.

Los países europeos en la UE que los cobija, desplegaron todo su poder fuego en 25 años transcurridos, **occidente es “democracia”** y la UE su baluarte. Pero la vida del sistema ha sido más fuerte y lo cierto es que en los últimos meses el “baluarte democrático de la humanidad” le hará pagar a sus propios pueblos el costo de la guerra, los mismos ya están pagando la abrupta caída en las condiciones de vida. Nada volverá a ser lo que fue, el “Estado Benefactor” ha mostrado en las últimas jornadas -y con los mismos actores- su verdadera cara. Guerra, sangre, sudor y lágrimas para las grandes mayorías.

En EEUU parece que el “nuevo sueño americano” se hace esperar. Las guerras comerciales, las verdaderas, son contra su propia sociedad. La necesidad de aplastar el salario de las grandes masas proletarias de ese país del norte viene provocando un sismo interno de incalculables proporciones. Recomendamos a nuestros lectores seguir atentamente la huelga de Boing en el marco de las guerras en las que se desenvuelve el mundo.

Un lustro de experiencias de los pueblos recorre el planeta. La democracia burguesa ya no es la misma si la vida de las sociedades humanas es indigna. Su “fuerza arrolladora” en el marco de la globalización está dejando un tendal. Hoy despierta desesperanza, el descreimiento a toda institucionalidad planetaria ha descendido notablemente. La desconfianza a todo lo institucional recorre cada rincón del planeta.

Por eso, el sistema capitalista, en su profunda crisis política y económica, viene despertando sentimientos profundamente democráticos de los pueblos. Se ensancha la acción de las masas proletarias en el ir por sus derechos, sea en su defensa, sean en sus nuevas conquistas, hay toda una corriente de la humanidad que aspira a ser digna y sendos procesos confirman esta idea.



África (a modo de ejemplo) es un continente en donde se manifiestan nuevos aires, y poniendo sobre la mesa alternativas de carácter revolucionario. Malí, Níger, Burquina Faso o procesos de movilizaciones como en Kenia, Sudan y otros.

INTERNACIONALISMO DE HECHO

Las acciones de masas en defensa del pueblo palestino adquieren la envergadura de los años 70 del siglo pasado cuando la denuncia a EEUU por la guerra de Vietnam. Lo sucedido en Australia -aliado fundamental del país de Trump- es un claro ejemplo que los pueblos seguirán yendo por lo suyo: más de 100.000 personas salieron a las calles para movilizarse a favor de un pueblo sometido al genocidio por el Estado Sionista de Israel.

Las aspiraciones democráticas se ensanchan cada día cuando -entre líneas- aparecen grandes hechos de masas, como cuando en varios puertos del mundo (como en Grecia) sus trabajadores no dejan partir las naves con cargamentos para la guerra.

No hay oriente y no hay occidente, hay oligarquía financiera que asienta sus reales en los Estados monopolistas a su conveniencia. Sí hay lucha de clases expresa y de la otra, las que silenciosamente corroen al sistema dominante.

En este proceso abierto por ensanchar las aspiraciones democráticas, cuando cada vez más pueblos se hacen oír en sus descontentos, a la par siguen siendo insuficientes las fuerzas revolucionarias que se puedan erigir en una alternativa de cambio que luche por la toma del poder y construir un Estado proletario.

El daño ideológico que provocó en el proletariado la clase dominante habrá que caminarlo en un plano de políticas que conlleven el enfrentamiento de clase contra clase.

El descontento existe y se seguirá pronunciando en las calles del planeta, pero ese camino habrá que inundarlo con las ideas que apunten al cambio de sistema.

Arrebatarse los medios de producción a los más concentrados del capital implica un cambio de poder y es a partir de allí en donde la humanidad dejará la prehistoria y entrará a la verdadera historia que le corresponde.

Hay una realidad que pesa: **hoy el capitalismo no puede resolver los problemas más básicos de la dignidad humana**. Como muestra de ello, el salario promedio mundial está por debajo de lo que se señala como línea de pobreza.

El capitalismo es fracaso. Pero de nada servirá esta caracterización si las y los revolucionarios -que van ensanchando sus filas- no duplicamos esfuerzos en esta gran batalla y en todos los planos que necesita una guerra de clases. ★

